



Tiempos de Esperas

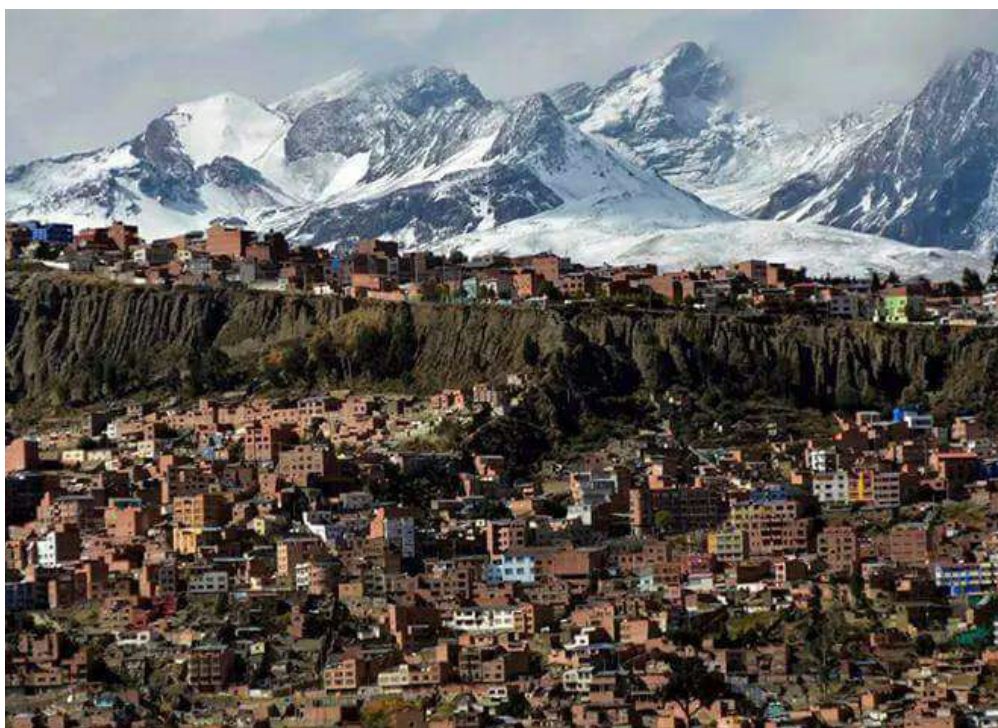
Alfonso López
El Alto. Julio de 2015

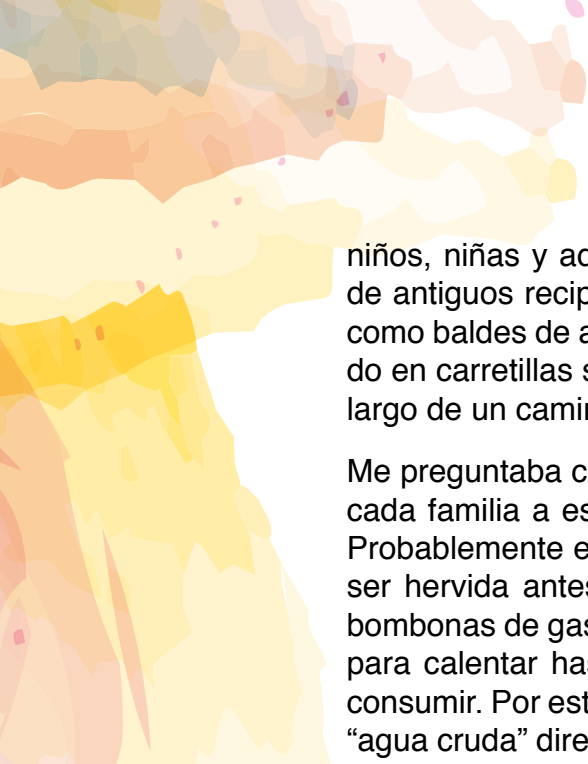


Tiempos de esperas

Había recibido una llamada la noche anterior solicitándome bendecir una urbanización, cuya única referencia es que estaba junto a la empresa SAMO, más allá del asfalto y cerca de la pampa; estoy acostumbrado a estas imprecisiones que se van despejando al preguntar a la gente a medida que me acerco al lugar. Preferían al mediodía pero yo les dije que a las diez y media de la mañana. Con ese acuerdo nocturno salí a la mañana de casa, con retraso porque la camioneta estaba ocupada; llegué al supuesto punto de encuentro quince minutos tarde, pero en aquella plaza no había más que cuatro o cinco personas esperando, y varios trabajadores transformando un camión en palco y torres de sonido para la fiesta que tendría lugar después. ¿Cuándo?

Aproveché para dialogar con las personas que estaban, y enterarme de que el barrio, llamado Virgen del Carmen, con cinco años de antigüedad, celebraba algo grande, como era pasar de tener “agua pública” a “agua domiciliaria”, aderezadas con anécdotas de sus primeras duchas domésticas. El “agua pública”, como en San Juan de Parcopata, también dentro del territorio parroquial, consiste en una fuente única para todos los vecinos de la urbanización. Con mis propios ojos, hace quince días, con ocasión de otra paciente espera antes de su fiesta, veía a





niños, niñas y adolescentes haciendo fila junto a la fuente, provistos de antiguos recipientes plásticos de aceite o pintura, ahora reciclados como baldes de agua. Luego iban regresando a sus casas transportando en carretillas sus valiosos tesoros, que se iban desparramando a lo largo de un camino lleno de polvo, piedras y baches.

Me preguntaba cuánto tiempo al día o a la semana necesitaba dedicar cada familia a esta tarea, y a qué niveles de higiene podrían aspirar. Probablemente ese “agua pública” es también “agua cruda”, que debe ser hervida antes de beberse, para lo cual se precisa de garrafas o bombonas de gas que calienten el agua, espacio en la cocina, y tiempo para calentar hasta hervir y tiempo para enfriar hasta que se pueda consumir. Por estas complicaciones, muchas familias prefieren beber el “agua cruda” directamente, y que sea el propio organismo el que desa-



rolle su debida autodefensa. Todas estas imágenes y reflexiones me conectaban con la mujer samaritana del evangelio, rescatada del papel y del pasado, para contemplarla en vivo y en directo, en el aquí y ahora de esta gente alteña con quien comparto el tercer milenio.

En la plaza de Virgen del Carmen seguían mis diálogos y pensamientos, mientras el reloj avanzaba sin que nadie más apareciera. Yo ya me iba poniendo nervioso aunque mi siguiente compromiso era al cabo de varias horas. Conseguí que llamaran por teléfono al presidente de la zona, quien prometía que la imagen de la Virgen del Carmen ya estaba llegando. Desde mi imborrable sentido europeo de la puntualidad, iban apareciendo por turno en mi cabeza frases como “qué falta de respeto”, “ya me lo imaginaba”, “otra vez que me vuelve a pasar”, y otras por el estilo, hasta que juntas fueron dando paso a la definitiva: “¡me voy!”. Al cabo de media hora de haber llegado, me subí a la furgoneta para marcharme. Al verme, un joven con su celular o móvil se me acercó para volver a hablar con el presidente, don Carlos, quien me decía que también a mí me estaban esperando pero en otro lugar, justo al otro extremo de la plaza, que yo no alcanzaba a ver. Pensé que podía ser



cierto, dada la imprecisa localización de la llamada nocturna, por lo que me fui tranquilizando para acercarme con la camioneta al nuevo punto de encuentro. El camino era una larga calle engalanada a ambos lados con postes de madera forrados de aguayos, la tela típica del altiplano, siempre llena de franjas simétricas de múltiples colores. Las partes superiores de los postes se unían entre sí con más aguayos, y en medio de los postes una mesa con botellas de cerveza y champán. Y así cinco parejas de postes, intercalados de principio a fin de la calle.

Cuando llegué al extremo opuesto de la calle, unos doscientos metros, me esperaban la imagen de la Virgen del Carmen y las autoridades locales; entendí que había que seguir esperando otro poquito a que llegara la subalcaldesa, doña Irene, y autoridades de nuestro Distrito 8 de la ciudad de El Alto, porque el acto lo requería. Tras hacer sonar varios cartuchos de dinamita quedó claro que ya era el momento de comenzar la celebración, con cientos de personas de todas las edades para dar gracias a la Virgen del Carmen por tener agua en cada domicilio. A la bendición religiosa siguió la civil, soltando doña Irene la cinta atada de lado a lado de los dos postes próximos al altarcito, que prosiguió “challando” -o bendiciendo- a la Pachamama con cuatro botellas de cerveza y una de champán, y así otras cuatro veces más, en cada pareja de postes, tomando las botellas de sus respectivas mesas para “challar” las diversas partes de la larga calle y llegar por fin al palco, mi punto de partida.

Toda esta caminata llena de fiesta y alegría desbordante de los vecinos me había contagiado su manera de entender el tiempo. Las 300 familias de la urbanización, más de 1200 vecinos, que habían esperado cinco años para tener su agua domiciliaria, merecían con creces mi espera de media hora de aquella única mañana. Avergonzado le



pedí disculpas al presidente don Carlos por mi mal humor inicial. Si me hubiera llegado a marchar habría sido un verdadero aguafiestas de su júbilo, un extraterrestre incapaz de mínima empatía con sus dolores, luchas y fiesta.

Sentados en el palco las autoridades civiles y religiosas, frente a los cientos de vecinos, tomó la palabra el joven presidente. “Usted ve, señora subalcaldesa, las carencias de nuestra urbanización...”. E iba enumerando lo que era obvio para cualquiera desde aquel puesto elevado: falta de empedrado en las calles, incluso sin cordón de acera, falta de iluminación, falta de alcantarillado, falta de gas domiciliario, falta de escuela cercana, falta de posta sanitaria, falta de canchita deportiva... Aprovechó bien su breve discurso Don Carlos. ¿Cuántas esperas pendientes hasta la siguiente inauguración? ¿Cuánta necesidad de unión vecinal y colaboración con las autoridades distritales? ¿Cuántos obstáculos a superar antes de la próxima fiesta?

Pero aún era tiempo de celebración. Tras los discursos la comida. Ante nuestros ojos, sobre el suelo de la placita polvorienta, se colocaron diez aguayos formando un enorme mantel lleno de colores, y encima multitud de comida que cada familia había preparado: arroz, papas de todo tipo, pasta, huevos, algo de carne; luego compartirían el “aphapi” o comida comunitaria. Los del palco recibimos una comida más elaborada. Mientras almorzábamos, había turno libre de intervenciones de los vecinos que, acercándose al micrófono, abundaban en las palabras del presidente, para que la subalcaldesa no tuviera dudas de las necesidades y deseos de aquellas familias aunque se le atragantara un poco aquella rica comida.

Tras numerosos agradecimientos de despedida, el camino de regreso en la camioneta seguí meditando lo vivido y aprendido, deseando contagiarme de la paciencia de aquella gente, “larga, como esperanza de pobre”.

Alfonso López.
El Alto. Bolivia

